
Manifiesto por el alma de Chile

El Cardenal Raúl Silva Henríquez ha sido un protagonista clave en la historia reciente de Chile.

Mucho se ha dicho y escrito sobre su vida y su obra pero nunca es tan necesario recordar su señera figura, como ahora, cuando se acrecientan los desafíos para seguir construyendo la democracia en nuestro país.

Ante el predominio del afán de lucro sobre el interés general, la creciente monetización de las relaciones sociales, la primacía de la ganancia sobre la dignidad del trabajador, el descrédito de las instituciones y la ausencia de valores en el ámbito empresarial, político, y de las comunicaciones sociales, es más necesario que nunca recuperar la fuerza moral de su mensaje en favor del alma de Chile.

Don Raúl fue sin duda uno de los líderes morales que más consciencia tenía de la necesidad de construir una patria justa y para todos. Para muchos de nosotros su protagonismo nos marcó la vida, así como a tantos, e influyó decisivamente en las reformas políticas y sociales de fines del siglo. Su esfuerzo por lograr una comunidad social y política centrada en la dignidad de cada uno de sus miembros orientó su vida y la de las comunidades que lideraba.

Su enseñanza, sus ideales y su vida concreta constituyen una pedagogía de la coherencia. Vivir lo que se dice, y actuar lo que se dice.

El Cardenal abogó por mantener viva el alma de Chile, que él tan firmemente enfatizó el 18 de septiembre de 1973 en la iglesia de La Gratitude Nacional. En esa ocasión afirmó *“Hoy, dadas las dolorosas circunstancias que hemos vivido, esta celebración cobra un doble significado: venimos aquí a orar por los caídos; y venimos, también, y sobre todo, a orar por el porvenir de Chile”*.

Sus llamados a un Chile basado en el diálogo y en el respeto a la dignidad humana sigue siendo un imperativo en la hora presente.

Fue un protagonista de los tiempos más complejos y transformadores de la vida institucional de Chile en la época contemporánea. Su discurso grave y poderoso se inspiraba en el Evangelio, buscando asumir lo que Jesús diría en ésta época.

Fue voz de los sin voz frente a los abusos de la dictadura militar. Proyectó en su prédica y en sus obras sociales el privilegio a los pobres, niños y necesitados. Su voz fue escuchada por los campesinos, pobladores, obreros, pescadores, mineros, profesores, los estudiantes y por cierto, las mujeres de Chile.

Tenemos la más plena convicción que Chile necesita no sólo recordar, sino recuperar su testimonio y sobre todo su mensaje moral. Es necesario que las nuevas generaciones que no tuvieron la ocasión de conocer sepan de este gran actor de la vida nacional que inspiró la convivencia nacional.

El diálogo, que insistentemente recalca desde sus destacadas homilías en los Te Deums por la Patria, fue un llamado desgarrador para evitar lo que finalmente sucedió: la negación de la dignidad y el respeto de las personas. Ausencia de palabra y actos civilizados para lograr los acuerdos de convivencia en democracia.

Cuando las divisiones y las polarizaciones nos enfrentaron como enemigos esa palabra del Cardenal nos recuerda que la vocación de Chile es una convivencia pacífica basada en el diálogo, la justicia, la libertad y los derechos humanos.

El cardenal fue un humanista íntegro y ejemplar. Pionero en el proceso de reforma agraria. Clave en el proceso de diálogo entre la oposición y el gobierno del Presidente Allende. Figura esencial en la defensa y solidaridad con las víctimas de la violación a los derechos humanos. Puso todo su empeño en lograr la unidad de las fuerzas políticas para la recuperación de la democracia. Su testimonio es una antorcha que nos recuerda que nunca más en Chile deben alentarse la violencia y los crímenes fratricidas entre hermanos.

Necesitamos y queremos que su vida, sus obras, sus temores y sus sueños sean conocidos por aquellos que no lograron saber de él.

Pero también buscamos que quienes fuimos tocados por su palabra y acción, su vida de coherencia, renovemos el compromiso por construir un país en el que se respeten los derechos humanos, se privilegie el diálogo ante el conflicto, que la democracia se fundamente en la justicia y en la protección de la dignidad de las personas, en especial de los más pobres.

Invitamos a los hombres y mujeres que lo conocieron, que supieron de su acogida y protección, que escucharon sus homilías y enseñanzas, que colaboraron y participaron de la red de solidaridad que impulsó junto a líderes de otras confesiones religiosas y a no creyentes en defensa de la vida y de la promoción de los derechos humanos. Nuestra invitación va dirigida en forma especial a las comunidades de bases, a las mujeres que se agruparon en ollas comunes y luego en torno a los derechos de la mujer, a las organizaciones de derechos humanos, a los sindicatos de obreros y campesinos que fueron acogidos en la Vicaría de Pastoral Obrera, a los trabajadores de la Vicaría de la Solidaridad, a estudiantes y profesionales creyentes y no creyentes que participaron en la acción ecuménica por la justicia y la paz.

Pero también queremos extender esta invitación a las generaciones que no tuvieron la oportunidad de conocerle directamente, pero que saben que fue un personaje importante en una época crucial del país. Invitamos a las y los estudiantes secundarios y universitarios, en especial sus dirigentes para que escuchen los testimonios de los que conocieron de su compromiso por los derechos humanos y por construir un país más justo.

Finalmente convocamos a aquellos que desde diferentes posiciones ejercen liderazgos y cargos de responsabilidad en el campo político, económico y en los medios de comunicación social, a volver a escuchar el llamado del Cardenal a construir el Alma de Chile.

Su vida, en consecuencia, sigue siendo un llamado para exclamar: “¡Qué hermosa es el Alma de Chile, don de Dios a nuestro pueblo!”.

Santiago, 27 de septiembre de 2017